

LIBRERIA MEXICANA

MEXICO

F1232

CB

V.2

EN EL SIGLO XIX

Familia del Castillo Negro.

PRIMERA EDICION.

TOMO II

MEXICO

IMPRESA DEL EDITOR A CARGO DE ANTONIO

San José de Gracia número 101

1883



PONDO HISTORICO  
RICARDO COVARRUBIAS

156687

## CAPITULO I.

### SUMARIO.

Agitacion en la provincia de San Luis. Fray Luis Herrera. Se presenta á Hidalgo. Se le nombra Cirujano del ejército. Es aprendido. Se le conduce á San Luis. Sus proyectos para cambiar de prision. Fray Juan Villerias. Sus combinaciones. D. Joaquin Sevilla y Olmedo. Entrevista de Herrera con Sevilla. Se pone de acuerdo. El comandante Cortina. El 10 de Noviembre. El convento de San Juan de Dios. El de los carmelitas. La campana de misericordia. Prision de éstos. Pone en libertad Fray Luis á los presos políticos. Desarma á la guardia. Sorprende la de la cárcel y saca la prision. El cuartel de artillería. La casa del comandante Cortina. Atacan los demás cuarteles y los toman. Rinden y hacen preso al comandante realista. Robo. Nombra Fray Luis intendente. Don Gerónimo Berdiez. Don Rafael Iriarte. Ejércitos militares. Bailes. Conducta infame de Iriarte. Saqueo. Banquete. Los presos Herrera y Sevilla. Nombramiento.

Desde que Hidalgo levantó el estandarte de independencia en el pueblo de Dolores, la provincia de San Luis Potosí comenzó á agitarse, presentando síntomas de secundar el movimiento. El brigadier Calleja (que como he dicho en uno de los capítulos anteriores) se hallaba en una

TOMO II.—1.

finca de campo próxima á San Luis, tan luego como tuvo conocimiento de que habia estallado la revolucion, en el acto marchó á la capital con el objeto de prepararse á combatirla. Una de sus primeras providencias fué reducir á prision á varias personas que por sospechas que tenia ó por denuncias que le hicieron, procedió contra ellas, conduciéndolas al convento de carmelitas que hay en aquella ciudad y entregándolas á los frailes para su custodia, que como españoles y ciegos partidarios que eran de los realistas, inspiraban á Calleja suma confianza, teniendo estrecha amistad con ellos. No por simples y lijeras sospechas procedió Calleja contra aquellos individuos, algunos antecedentes positivos hubo para que obrase de esta manera; evidentemente estos eran agentes que tenia desde mucho ántes preparados Hidalgo en aquella ciudad, para cuando llegase el caso de obrar; de la misma manera que los habia en esta capital, Querétaro, Guanajuato, Valladolid, Nueva Galicia, Zacatecas y en otras muchas ciudades. Un grave error ha sido el de algunos historiadores, al decir que este movimiento era aislado, que no tenia ningunas ramificaciones ni partidarios la causa que su caudillo invocaba. No habria prolongado el gobierno vireinal su dominacion por once años mas, si Hidalgo hubiese tenido tiempo de perfeccionar su obra. El movimiento debia ser simultáneo en todas las provincias, en un dia fijo, con objeto de evitar el que unas á las otras se prestasen auxilio y de llamar la atencion del Virey por diversos puntos; mas la denuncia y sucesos de Querétaro, obligaron á Hidalgo á festinar sus operaciones. Pero volvamos á nuestro asunto.

Cuando el ejército independiente acampó por primera vez en Celaya de tránsito para Guanajuato, se presentó á Hidalgo un lego de la orden de San Juan de Dios de la

provincia de México, llamada Fray Luis Herrera, con el objeto de ofrecerle sus servicios en clase de cirujano en el ejército, aceptados éstos, se le dió á reconocer con tal carácter. Muy pocos dias despues se separó de su colocacion, retirándose para San Luis, de acuerdo y en combinacion con Hidalgo, para poner en conflagracion aquella provincia.

Próximo al llegar á aquella ciudad, en la hacienda del Jaral, fué contenido por una escolta de caballería de Calleja, que allí se encontraba, considerándosele como sospechoso. Conducido á la ciudad se le puso en la cárcel pública, asegurándolo con una barra de hierro en los piés que le impedia los movimientos. No desmayó en su proyecto Fray Luis Herrera con tal contratiempo; por el contrario, buscaba un medio de poder estar en mas libertad para realizar sus proyectos, este le ocurrió manifestando que era lego profeso de San Juan de Dios y pidiendo se le pusiese en un local mas conveniente. Habiendose accedido á su solicitud, fué trasladado al convento de carmelitas en donde estaban presos todos los reos políticos, habiendo entre éstos, varios oficiales del ejército realista. Es muy probable que Fray Luis entrase en relaciones con algunos de éstos y aún les indicase su proyecto, pero no pudiendo hacer nada allí por la rigurosa vigilancia á que estaban sometidos, volvió á solicitar se le llevase á su convento de San Juan de Dios, que existe en aquella ciudad; le fué concedido este permiso mediante la fianza que dieron el Prior de dicho convento y su comunidad, de ser responsables de la persona y conducta de Fray Luis; éste, ya disfrutando de mas libertad y sin tener el severo espionaje de los frailes carmelitas, dedicóse á perfeccionar el proyecto que traia entre manos.

En ese mismo convento, y de la misma orden, había otro lego que por su actividad, energía de carácter, viveza de ingenio y emprendedor, era muy querido de aquella comunidad; llamábase Fray Juan de Villerías. Muy pronto aquellos dos legos entraron en combinaciones; sus almas, fundidas en un mismo molde, abrigaban las mismas ideas y los mismos sentimientos, resolviéndose á llevar adelante su plan á toda costa. El proyecto de realizar su empresa en una sola noche, y de hacerse de los cuarteles de la ciudad, poniendo presas á las autoridades y á todos los que creían eran sus enemigos en unas cuantas horas, era sumamente difícil, porque no contaban con los elementos necesarios para dar un golpe de mano tan atrevido.

Entre los oficiales realistas afectos y partidarios de la independencia, había uno perteneciente al regimiento de lanceros de San Carlos, que aunque algo de él sospechó Calleja cuando mandó poner á otros presos, sin duda no teniendo los datos necesarios para obrar de la misma manera, lo dejó colocado en su cuerpo; este oficial era D. Joaquin Sevilla y Olmedo, y en quien se fijaron los dos legos para llevar adelante su proyecto despues de varias discusiones. Resuelto este punto, solicitaron de Sevilla tener una entrevista con él; verificada ésta, muy pronto quedaron de acuerdo, ofreciéndoles Sevilla ayudarles en todo, y dándoles las armas y parque que tenía en su casa. Arreglado este punto, que era el principal, solo restaba designar el día en que debía efectuarse, señalándose para el 10 en la noche. Terminada la conferencia, y arreglada en ella todo lo referente á aquel movimiento, se retiraron los dos legos á su convento á esperar llegase la hora.

Era la autoridad militar, en aquella época, de esta pro-

vincia, el comandante D. N. Cortina, hombre sumamente desconfiado, y por consiguiente, lleno de precauciones, motivos todos por lo que le encargó el brigadier Calleja, el mando de la plaza. A fin de evitar cualquiera sorpresa ó intentona, tenía Cortina en su casa, una fuerte guardia, que lo custodiase de día y de noche, no permitiendo que se aproximase nadie á ella, de ciertas horas de la noche en adelante, no obstante de tener al frente de su habitación el cuartel de artillería, que era uno en los que más confiaba; sin duda, algunas sospechas tenía, cuando tales providencias tomaba, no descubriéndose aquella conjuración, debido á la suma reserva que guardaron los dos legos y Sevilla.

Llegado el día señalado (el 10), Sevilla, como oficial que era, se informó con disimulo y desde muy temprano, en la comandancia, de las patrullas ó cuerpos de guardia que debían aquella noche recorrer la ciudad; tomados estos datos, hizo saber á Herrera y Villerías, que estuviesen preparados para la hora indicada. Dos eran las patrullas ó rondas que hacía salir el comandante todas las noches, para que vigilasen la ciudad, una era de caballería y otra de infantería. La de infantería que salía esa noche, pertenecía á su cuerpo. Dadas las diez y fingiendo Sevilla que buscaba á éstas, se encontró con ámbas, y prevalido de su carácter militar, las mandó hacer alto, diciéndoles que le dieran auxilio para cumplir con una orden del comandante de la plaza. Estas que nada sospechaban, y á más, la persona que les hablaba era un oficial de su cuerpo, se pusieron á sus órdenes. En el acto y á la cabeza de ellas, se dirigió Sevilla al convento de San Juan de Dios; llamó á la puerta, abrieron y entró, dejando á las patrullas en la portería, y dándoles orden de que allí lo esperasen. Pocos momentos

despues, volvió acompañado de los dos legos, Herrera y Villerías.

Una vez unidos Herrera, Villerías y Sevilla, marcharon con la fuerza que dejó el último esperando en la portería, con direccion al convento del Carmen, en donde se hallaban los presos que habia hecho el brigadier Calleja, por afectos á la independencía, y entre los que habia algunos oficiales pertenecientes á la brigada de San Luis Potosí, á fin de libertarlos del gran peligro que corrían y de que les ayudasen en su empresa.

Costumbre antiquísima era en los conventos de religiosos tener una campana colocada sobre la portería, con el objeto de llamar á ella, cuando algun particular necesitase en el peso de la noche, de los auxilios espirituales, teniendo forzosa obligacion los frailes de acudir al que primero escuchase su llamado. A esta campana se le llamaba *campana de misericordia, campana de penitencia*.

Cerca de las once de la noche eran cuando los conjurados llegaron al convento de carmelitas, hora en que aquellos religiosos se hallaban ya recojidos; Fray Luis, que, como conventual que era, conocia perfectamente las costumbres de las comunidades, á corta distancia de la portería, dispuso que hiciese alto su fuerza, y avanzando él solo, llamó con fuerza de la campana. Pocos minutos habian pasado, cuando escuchó los pasos del lego portero que venia al llamado: hizo una seña Fray Luis á su compañeros, y éstos se agruparon con el mayor sigilo en la portería, sin que el lego se apercibiese de ello. Abrió éste el pequeño postigo que todas las porterías tenían, y preguntando quién llamaba y qué se ofrecía, contestó Fray Luis que él habia llamado, porque necesitaba urgentemente á uno de los religiosos para que confesase y diese los últi-

mos socorros espirituales al Sr. D. Juan Pablo de la Serna, vecino acomodado, conocido de todos, y que tenia relaciones con los individuos de aquella comunidad.

El lego portero que escuchó el nombre de aquella persona, que para él era muy conocida, y que necesitaba violentamente de los auxilios espirituales, sin mas trámites abrió; pero en el acto Fray Luis lo tomó del cuello con una mano y con la otra le colocó la boca de una pistola en el pecho, amenazándole con que si pedía auxilio ó hacia el mas lijero ruido lo haría ánima en el momento. El pobre lego, que muy léjos estaba de esperar tal agresion, quedóse sin articular palabra; conducido por Fray Luis á la celda de la portería, encerrólo en ella, no sin darle antes sendos machucos y como precursores de lo que debia esperar, si faltaba á la consigna que le habia dado.

Concluida esta operacion hecha con la mayor reserva y suma actividad, hizo que todos sus compañeros entrasen, y guiándoles con el mayor silencio se dirijió al ambulatorio donde estaba una guardia encargada de custodiar á los presos. Sorprendida ésta y estando todos los demas profundamente dormidos, tomó las armas de aquellos, reparólas á los suyos, y le exijió al oficial le entregase las llaves de las piezas donde se hallaban los presos; recibidas éstas, procedió á ponerlos en libertad incorporándolos á los suyos; despues reunió á todos los frailes y puestos á buen recado, dejólos encerrados en una celda.

Hasta allí su empresa marchaba bajo los mejores auspicios, ningun obstáculo se le habia presentado; pero le quedaba aún por vencer lo mas difícil, los cuarteles de la ciudad y la casa del comandante Cortina, que como he dicho era un hombre todo lleno de precauciones y vigilancia.

No teniendo ya nada que hacer en aquel convento, y

habilitados los suyos con las armas que habian quitado á la guardia, se puso en marcha con direccion para la cárcel; llegó á ésta sin que lo sintiese el centinela, lo sorprendió y desarmó, y acto continuo, puso en libertad á los presos, engrosando con ellos su fuerza. De allí se dirigió al cuartel de artillería, el mas importante, porque en él estaban todas las piezas de artillería que habia en la ciudad; pero ya bien fuese porque hicieron algun ruido ó porque la guardia del comandante Cortina (que estaba situada frente á este cuartel) fuera mas vigilante, el caso es que los sintieron, y haciendo una descarga mataron á cuatro de los conjurados, é hirieron gravemente al asistente del oficial Sevilla. No intimidó á los asaltantes aquel contratiempo, sino que, marchando con mayor ánimo y velocidad, tomaron el cuartel; en el acto sacaron diez piezas de artillería de calibre de á cuatro, colocándolas en las avenidas de la plaza principal, y otra que dirijieron para la casa del comandante Cortina.

Los soldados de aquel cuartel, que no sabian lo que pasaba, y antes bien creian que era un movimiento á favor de la plaza, porque veian y conocian á los oficiales que habian entrado, obedecian sin ninguna dificultad las órdenes que se les daban. Sin embargo, de la casa del comandante siguieron haciendo fuego, matándoles un cabo de artillería é hiriéndoles otro, lo que produjo un fuerte disgusto á Fray Luis y al oficial Sevilla, dando orden para que inmediatamente se procediese á tomar los demas cuarteles. Verificóse esta operacion con buen éxito, ya bien fuese por que no se apercibiesen de lo que pasaba, ó por que no les infundian desconfianza los oficiales encargados de esta comision, por pertenecer á aquella guarnicion.

Solo la guardia de la casa del comandante Cortina, permanecia obstinada en no rendirse, haciendo un fuego

constante, debido, á que quien los mandaba era su mismo jefe. Con el objeto de obligar á aquella guardia á que se entregase, dispuso Sevilla que una compañía de infantería tomase la altura de las *casas reales* punto que dominaba la posicion del enemigo y encargándole á esta fuerza dirijiese la puntería á los balcones, puertas y ventanas de la casa del comandante. Este, que sabia que aquel movimiento era en favor de los independientes, aunque ignoraba que los demas cuarteles estuviesen ya tomados, insistia en sostenerse y batir á los que tenia al frente, constantemente estaba comunicando órdenes á los suyos y pasando de un punto á otro para ver si se cumplian; en una de estas pasadas, penetró una bala por una puerta, hiriéndole en la mejilla; esto fué suficiente para que desistiese de su propósito, sin embargo la guardia siguió haciendo fuego, habiendo hecho diez y siete muertos de los contrarios y muchos heridos; pero atacada energicamente aquella, al fin sucumbió, hízose prisionero á ésta y á su comandante, pero las hijas de éste, se pusieron á salvo de los excesos de los vencedores, la casa fué despojada de todos los útiles y objetos que contenia, como un castigo por la obstinada resistencia que habia hecho su dueño.

A las once de la mañana del siguiente dia, todo habia terminado sin haber ocurrido mas desórden que el de la casa del comandante Cortina. Inmediatamente fué nombrado por Herrera D. Miguel Flores, vecino de proporciones y querido de todos en general, intendente de aquella provincia. Con el objeto de evitar que se alterase el orden en la ciudad, dispuso Flores que hubiese patrullas que recorriesen las calles, no ocurriendo en ese dia ninguna novedad. Al siguiente al pasar una ronda por la casa del español D. Gerónimo Berdiez, cometieron la impru-

dencia ya bien fuese él ó sus dependientes de hacer fuego á la fuerza que por allí pasaba; el oficial viendo que se le atacaba de esa manera, y sin que hubiese motivo para ello, contestó con otra descarga, y dirigiéndose á la casa, forzó la puerta y entró; la mayor parte de los agresores se habian puesto en salvo, huyendo, quedando solo Berdiez dueño de la casa, á quien se dirigió el oficial reconviniéndole agriamente por su conducta; replicóle Berdiez en el mismo sentido hasta llegar á las manos, habiéndole dado el oficial tan fuertes golpes, que á muy pocos dias murió.

En aquellos momentos recibia Fray Luis Herrera, un extraordinario mandado por D. Rafael Iriarte, de Zacatecas, anunciando haberse hecho de aquella rica provincia, secundando el movimiento de Hidalgo y pidiendo permiso para pasar por aquella ciudad con sus tropas en direccion á Guanajuato por haberle pedido auxilio el capitán general Allende. En el acto le contestó, accediendo á su petición, habiéndose presentado á los tres dias despues, acompañado de mucha indiada en el mayor desorden, armados de arcos y flechas, habiendo sido recibidos por Fray Luis y sus compañeros con *Te-Deum*, salvas, repiques y cohetes, haciéndolos alojar lo mejor posible.

A fin de dar Iriarte á Herrera y Villerías una prueba de la habilidad de los indios que traia, los hizo evolucionar en la plaza principal, lanzando sus flechas al aire, con otros ejercicios de esta naturaleza. Justo creyeron los obsequiados pagar en la misma moneda, y con tal objeto, dispusieron celebrar la llegada de Iriarte con tres dias consecutivos de baile, asistiendo á todos ellos el obsequiado; pero éste abrigaba en su interior proyectos de desmesurada ambicion; la sed de oro y de mando lo devoraba, pe-

ro ocultando con tal astucia sus depravados sentimientos, que no obstante la sagacidad de los dos legos, nada pudieron descubrir; bien es que, dedicados á la disipacion en aquellos tres dias, no pensaban en nada interesante.

Concluidas estas fiestas, Iriarte que ya habia arreglado su combinacion y tomado sus medidas, dispuso dar otro gran baile dedicado á sus compañeros, haciendo ocurrir á él á la mayor parte de su oficialidad. Disfrutando de todos los placeres de aquel festin hallábanse Herrera, Villerías y Sevilla, mas de pronto observaron en los concurrentes un movimiento extraordinario de pavor, y cuando quisieron hacer uso de la defensa los tres principales obsequiados, fué ya tarde, porque acometidos de muchos hombres armados y sujetos fuertemente con ligaduras, se les condujo á prision por orden de Iriarte, apoderándose sus fuerzas del cuartel de artillería y de todos los demás. El astuto Villerías, no obstante de haberse sorprendido lo mismo que á los demás, logró, no se sabe cómo, fugarse con cincuenta hombres, dirigiéndose á Guanajuato á fin de quejarse con Allende de los atentados de Iriarte.

Ya se comprenderá la alarma en que entró la ciudad con este acontecimiento y el trastorno tan general en toda la administracion, que tenia unos cuantos dias de formada. Pero no fueron solo estos los atentados del infame Iriarte, sino que al siguiente dia entre cuatro y cinco de la mañana, ordenó á sus tropas diésen el grito de *mueran los traidores de San Luis*, entrando á saco á la ciudad y robándose cuanto encontraron y segun dice un historiador llegó su rapiña hasta *arrancar las rejas de los balcones de las easas*; durando este saqueo hasta las once de la mañana, teniendo lugar como era preciso toda clase de desórdenes.

Una vez conseguido por Iriarte su objeto de hacerse del mando y de riquezas, quiso celebrar aquel triunfo dando un gran banquete en su casa; verificado éste y estando Iriarte acompañado en la sala de todos sus oficiales, al irse á sentar á la mesa, mandó sacar de su reclusion á Herrera y Sevilla y conducidos á su presencia, tanto los concurrentes como los presos, creyeron que iban á ser sentenciados los prisioneros á la última pena; pero con sorpresa y admiracion de todos, vieron que al ser aquellos presentados los recibió con mucha afabilidad, abrazándolos, diciéndoles que todo lo que habia hecho no tenia otro objeto que el de haberles salvado la vida del gran peligro que estaban corriendo, y conducidos por él á la mesa sentáronse todos á comer, diciéndoles que estaban en completa libertad; nombrando y dando el título de coroneles á Sevilla y Lanzagorta, y el de mariscal á Fray Luis.

Poco después les manifestó que habiéndole pedido con mucha instancia Allende el que fuera á auxiliarlo con sus fuerzas, le era absolutamente indispensable marchar al siguiente dia para Guanajuato, y que nombraba para que cuidasen del parque y armas que dejaba en los cuarteles de la ciudad á dos personas de su confianza á un D. F. Zapata y á Lanzagorta; que confirmaba el nombramiento que habia hecho fray Luis en D. Miguel Flores para autoridad política de aquella provincia.

Dejemos en esta ciudad á Iriarte, haciendo preparativos con objeto de marchar á Guanajuato, para informar al lector de cómo se hizo este cabecilla, dueño de la rica provincia de Zacatecas y que ocurrencias tuvieron lugar al ocuparla, lo que será materia del capítulo siguiente.

El grande éxito y facilidad con que se hizo la revolucion en la provincia de San Luis, dirigida por dos legos y un

oficial, si bien demuestra en sus directores suma aptitud y grande habilidad, tambien prueba el mucho incremento y buena disposicion de todos sus habitantes, para secundar y apoyar el movimiento acaudillado por Hidalgo en el pueblo de Dolores. Esta misma observacion tendrá que hacer el lector en las demas provincias; en todas ellas existia el gérmen de la independenciam, que aunque vigorosamente desarrollado, permanecia oculto, latente, merced al riguroso espionaje del partido realista, y solo acechaba una oportunidad, una ocasion, para estallar haciendo tiras las ligaduras con que se le tenia sujeto.